

8 APOSTOLICOS AFANES
necesario, para que detestáran sus errores, y abrazáran las verdades de la santa Fé Catholica, como se notará en el decurso de esta Historia.

CAPITULO II.

*ANTIGUEDAD DE LOS NAYERITAS,
y noticia del primero, que governò, y diò nombre à esta Provincia, sus barbaras costumbres, y vana Religion.*

NO es mi intento averiguar el primitivo verdadero origen de los Nayeritas; porque no hallando por la escasez de noticias, donde pueda fixar el pié el discurso, quiero que padezca antes la nota de encogida, y de poco extensa mi pluma, que el de menos verídica: prenda, que deve ser el norte de un Historiador, y el alma de quanto escribe. Apuntaré solamente, lo que ciegamente creían, dexando por ahora la inconsequente ridicula fabula, que conservavan muy fresca en la memoria de la creacion del hombre, y principio, que tuvo la variedad de colores, que vemos entre Españoles, Indios, Negros, y Estrangeros.

Lo cierto es, que esta Nacion tiene antiquissima possession de este intrincado laberinto de barrancas; pues por noticia immemorial derivada de padres à hijos se sabe, que quando vinieron los Mexicanos en busca de las tierras, que sus fementidas Deidades les destinavan, para fixar en ellas el escudo de sus armas, ya eran Señores de estas Serranías los Nayeritas, que noticiosos de hallarse cercano à sus tierras el Mexicano con aquel Trozo de Combatientes, bastantes à conquistar un Mundo, ignorantes del destino, que les havia sacado de sus casas, temieron alguna traicion, y que à fuerza de armas quisieran desposeerles de sus

tier-

LIBRO I. CAP. II. 9

tierras. Trataron de prevenirse para la defensa; y sin acordarse, ò sin querer valerse de la seguridad, que les ofrecian los inaccesibles picachos, con que naturaleza les proveyó de inexpugnable muro, ni de las rasgadas peñas, que casi impossibilitan qualquier enemigo aban-ze, dispusieron valerosos aguardarles en unas lomas, que están entre Peyotan el viejo, y Quáimaruzi, que por menos montuosas eligieron para la batalla: y como si fueran Soldados veteranos levantaron, para resguardar sus personas, tantas trincheras de piedras, que se cansan los ojos de verlas; y aunque quisieran, con mucha dificultad pudieran contarlas; pues corren successivamente unas trás otras por el largo dilatado espacio de mas de dos leguas: argumento, que persuade, assi la antiguedad de sus principios, como la experiencia, que tenian para la guerra. Para estas tan acertadas valientes trazas no tenian otro Capitán, que les aleccionára, que su propio capricho, ni lograron tener caudillo para su gobierno, hasta que el Naye el año de 1500 empuñó el Cetro. Reconocieronle como à Rey, extendiendo su dominio por el Sur, hasta las costas del mar, y por el Norte, hasta el Mazapil. El feudo, con que le reconocian sus Vassallos, eran flechas, y calzas, que todos le tributavan. Veneraronle tanto, que despues de muerto, aun antes de enjugar las lagrimas de su excesivo sentimiento, le fabricaron una casa en Tracaimota, mas abaxo del lugar del Templo del Sol, donde en una silla pusieron el cadaver con especiales adornos, travando, quando se deshizo, el esqueleto con varios hilos. Fué tan abultado, que como se reconocia en lo desmedido de su calavera, parecia segun proporcion simetrica de siete quartas su estatura. Los lienzos, y texidos, que le ofrecian por ser su Soberano, eran tantos, que passavan de 300, añadiendoles, aunque sobre vistosamente labrados, la curiosidad de muchos caracolillos, y piedras preciosas, que llaman *chalchiguites*. Cenia su frente una cinta de plata:

ta: en la cintura tenia otra de tres dedos de ancho del mismo metal: en la muñeca del brazo izquierdo un brazalere, que nombran *manijera*, como el que usan los Indios, que manejan arco, y flechas, para reparar el azote, que dá la cuerda al disparar. Pedia tambien de la cintura una hoja de espada ancha anti-quissima, que dicen se la dió el Capitán Caldesa en prendas de su amistad, quando entró, como referiremos en su lugar; y los Indios pensando, que aun podia defenderles contra los Guainamotecos, que al morir Nayerit les hazian mas cruda guerra, se la pusieron à la cinta.

Por milagro mayor, y empresa mas dificil, que conquistar à fuerza de armas las Ciudades mas fortificadas, canonizan los Doctores de la Iglesia el ganarle à Dios una alma, sacandola del asqueroso cieno, en que yaziá sumergida, al feliz estado de la gracia. Y assi, si fué grande el triumpho, que las armas Catholicas lograron en la peligrosa Conquista de esta Provincia, quanta sería la gloria, que à Dios resultó en la reduccion de unos corazones tan rebeldes, como los de los Nayeritas? Y siendome necesario, para desempeñar el glorioso titulo de este Libro, y para que se conozca lo maravilloso de la sugesion de gente tan belicosa, describir la resistencia temeraria, y ardides casi insuperables, con que estos Seranos hizieron cara à las escopetas, y armas de nuestro Exercito, será menester tambien dar alguna noticia de la torpe ciega obstinacion, con que desesperadamente resistian à las eloquentes penetrantes espadas de la predicacion; porque topando sus puntas en unos pechos de diamantes, no solo no abrian passo, para introducirse, pero aun se embotavan tanto sus filos, que à no tener los Predicadores en la fragua de su pecho tan à mano el fuego, para suplirlo con su ardor, no pudieran conseguir la victoria, que no lograron antes tantos Varones Apostolicos, quantos

en

en las Ciudades, Villas, y Pueblos de su comercio intentaron reducirles.

Era costumbre, y aun inclinacion en los Nayeritas el correr las tierras, y comerciar en los Lugares poblados, que rodean esta Provincia. Y aunque à cada passo encontravan, ya con personas Religiosas, que lastimadas de su perdicion les ponian à la vista los estragos, à que iba precipitadamente su ceguedad obstinada; ya con Seculares mercaderes, que deseosos de ganarles à Dios les embolvian entre los generos, que cambiavan mil saludables consejos; no solo veían unos, y otros malogradas sus industrias, sino estan sin esperanza de efecto alguno, que ni davan la menor muestra, de que pudiera en algun tiempo introducirse en sus pechos la luz de la verdad. Aun con mas atencion, y reflexa advertian los Nayeritas los desordenes de muchos Christianos de solo nombre, especialmente en los Reales de Minas, en que vivian tan sin temor de Dios, que su vicio mas comun, y descarado era el de la embriaguez, tan congenial à su apetito. Y aunque estos exemplares no servian de aleccionarles, à lo menos confirmavan su errado dictamen, de que semejante desorden por mas que le condenen los Pulpitos por ruinoso, le canonizan, ò le aprueban por mas que tolerable los que tan sin reparo le figuen contra la santidad de la Ley Christiana, que professan, quebrantandola publicamente, aun en las plazas.

Eran tan frecuentes en el Nayar las embriaguezes, que no havia dia, que, ò todos, ò los mas no gastáran en beber, juntandose de las Rancherias en los parages, que para esto estavan destinados. En estas juntas tomavan satisfaccion de sus agravios, valiendose de los alfanges cortos, que continuamente trahían, ò colgados de la muñeca del brazo, ò embainados en la cinta; porque aunque son diestrisimos en manejar el arco, flechas, y honda; pero como pi-

B 2

de

de este genero de armas mas dispierta la advertencia, para assegurar el tiro, se valian de los alfanges, para vengarse de las ofensas, que havian recibido; porque aunque en su entero juicio, las hazia olvidar, depuestas las iras, la familiaridad, con que se tratavan aun los mayores enemigos, luego que el vino comenzava à perturbar las cabezas, lo primero que se les ofrecia, era el agravio, remitiendo al alfange el despique, y pregonando los mas sangrientos estragos, como hazanas dignas de aplaudirse; y en verdad las celebravan todos, menos los Parientes del muerto, ò herido, que para continuo recuerdo de la injuria mojavan un lienzo en la sangre, que vertian las heridas, para que solo la borrassè la venganza, quitandole la vida al agressor, ò à qualquiera de los suyos, sin que la innocencia les escusara los rigores de tan injustas leyes. De esto nacia no solo el que se cometieran tantos insultos, y muertes, sino que todos anduvieran señalados, ya en los brazos, ya en la cara de sus crueles barbaros alfanges. A mas de estos estragos se añadian otras obscenidades, que naciendo de unas voluntades locas con el furor del vino, no perdonavan ni à doncellas, ni à casadas; y lo peor era, que recobrada la razon, ni se avergonzavan, ni temian; ò fuera, porque en todos era igual el delito, ò por la facilidad de tener uno las mugeres, que queria, especialmente, si eran hermanas de su primera Esposa, que entonces era tal el derecho, que adquiria, para casarse con ellas, que si otro pedia alguna de las cuñadas, no podia el Suegro darla sin consentimiento de su yerno.

Mas con toda esta torpe inclinacion renian sus tiempos, en que se absteniaun aun de sus propias mugeres. Esto lo observavan en el de sus ayunos, cuyas inviolables leyes eran privarse de semejantes excessos, y de comer sal todos los dias, que duravan, que comunmente eran cinco; aunque para empeños gra-

ves

ves les prolongavan hasta dos años en obsequio de sus Dioses, que eran tantos como luego veremos. Si los Egipcios tenian un Dios para cada dia, los Nayeritas adoravan tantos Idolos, que à mi juicio, si se repartieran, dandole à cada uno el suyo, aun sobráran muchos.

Pero entre toda esta muchedumbre, tres eran propriamente los principales; à quienes clamavan continuamente, y en sus mayores congoxas ivan, aunque fuera arrastrando à las puertas de sus Templos à llorar, y pedir alivio en sus necessidades. Referiré succintamente su origen, para que se vea la facilidad, con que el Demonio les engañava. El primero, y mayor Idolo, à quien mas que à otro alguno tributaron adoraciones los Nayeritas, era una piedra blanca, que antonomasticamente llamavan *el Dios del Nayar*, dandole el renombre de *Tayaoppa*, que quiere dezir, *Padre de los vivientes*; porque en ella creían Sacramentado al Sol, por ser especial obra suya. Hizole un Indio por nombre *Xca* un Adoratorio, ò Templo mui capáz en Toacamota, que está cerca de la Mesa ázia el Poniente, y le sirvió con tal esmero, que le adoptó por hijo aquel brillante Astro; por cuyo motivo quando murió pusieron su cadaver en una silla, en que casi ya deshecho le hallaron los Padres, quando quemaron aquel Templo. El segundo Idolo, imán de los afectos de los Nayeritas, como el Sol veneracion de sus respetos, era el que adoravan en Teauta cerca de Quaxata con el dulce nombre de *Ta Te*, que quiere dezir, *Madre nuestra*. Este Idolo consistia en dos piedras blancas, en que un Indio hechizero llamado *Azquel* les hizo creer se havia convertido una India vieja, para quedarle con ellos eternamente: con esta falsa creencia, desde aquel dia veneraron aquellos dos pedernales con el impiamente usurpado nombre de *Ta Te*. El otro Idolo, que cumplia el ternario de la afectuosa especial adoracion de los Nayeri-

tas,

tas, era el *Quanamo*, à quien veneravan por su Redemptor, por haverles (segun dezian) socorrido, no solo en la falta de lumbre, que antes padecian, sino en la de otras cosas, como de calzones, sombreros, hachas, machetes, cazos, y eslabones, de que les proveyó. Mas ingratos à tantos beneficios los mismos favorecidos le prendieron, y pusieron en una Cruz, en que murió, y desde donde habiendo resucitado à vista de sus mismos perseguidores, subió à los Cielos con grande ruido de chirimias, y de otros musicos instrumentos; por lo que le veneravan en dos flechas, una cerca de la laguna de Santiago, y otra arriba de la Mesa, en donde le fabricaron Templos.

Estos eran los Idolos, que generalmente mas veneravan, y los que imaginavan mas poderosos, siendo por esso visitadas de todos las puertas de sus Adoratorios. A otros doze obsequiavan, y tenian nombre proprio en su Idioma; pero aunque en muchos lugares les fabricavan Templos, solamente acudian à visitarles por aquellas particulares necesidades, en que podian socorrerles; porque en unos reconocian poder, para conceder destreza en cazar venados; en otros la felicidad en comerciar; en otros la virtud de fecundizar esteriles: prerrogativa, que mui especialmente veneravan en *Quanamo*: à estos visitavan mas las mugeres, que los hombres. Finalmente en cada uno de estos, y otros Dioses creian solo poder para alguna especial gracia, acudiendo à venerarles solamente el que deseava conseguirla.

Fuera de estas mentidas Deidades, assi como los Assirios à mas de su Dagon, Moloc, y Belsébu, y otros semejantes adoravan otra chusma de Idolillos, que aunque anónimos les reconocian por Dioses, de la misma suerte los Nayeritas tenian otros muchos, à quienes sin otro nombre, que el de *Tecuat*, que es lo mismo, que *Señor*, rendian sus adoraciones: davanlas

vanlas en muchos lugares à varios guijarros, sin otro argumento de su Divinidad, que, ó haver remediado alguna faccion de los vivientes, ó haver sido venerados de sus antepassados, que se los dexaron como en herencia, para vincularles assi infelizmente sus ruinas. Impossible fuera reducir à numero esta muchedumbre de Idolillos; porque apenas havrá cerro en casi la mitad de la Provincia, que no haya yo corrido por diferentes motivos, y en que no haya tropezado con estas infernales figurillas: unas están como olvidadas, sin ningun reparo, ni asco sus patios: muchas mui cuidadas, y mui limpios los lugares, en que se veneravan. Y aunque no les fabricavan Templos, hazian un cercado de piedras clavadas en el suelo, fixando en medio el Idolo, y cuidando, que siempre estuviera barrido el sitio, que quedava dentro el circulo. Lo mismo hazian en los ancones altos de los rios; donde colocavan semejantes Dioses, para tener mas à mano el recurso, quando deseavan abundante pesca. En uno solo de los muchos, que bañan esta Sierra, en distancia apenas de diez, y ocho leguas havia catorze de estos Idolos, que yacen oy ya sepultados, y olvidados del todo. Finalmente era tan connatural en estos Indios la Idolatria, que no contentos con tener tantos Dioses, se ivan à los Templos de las mayores Deidades, y pedian al Guarda Idolo alguna Reliquia, para llevar à sus casas; y arrancando qualquiera de las flechas, que ellos mismos antes havian ofrecido, se las dava, y en los cerros mas fragosos cercanos à sus Rancherías, le hazian su Oratorio; donde de cada vez, que querian, le tributavan embueltas en afectuosos suspiros sus comunes ofertas con las ceremonias, que verémos.

